



Los libros de crónicas de las viejitas antioqueñas

JAIRO MORALES

Trabajo fotográfico: Esteban Pinilla

No es la primera vez que me ocupo de ellos. Ya había escrito sobre dos libros de crónicas inscritos en esa línea de la evocación y el testimonio femeninos, cuyas autoras son Carmen Rosa Barth y Mercedes Ramos Toro. También en su momento llamé la atención sobre varios libros de crónicas escritos por hombres, dos de ellos de magnífica factura, y proclamaba entonces mi afición por este género “menor”, de lectura tan estimulante para quien se compla-ce en la pequeña historia: en la gesta, la picaresca, el drama, la égloga o la costumbre en que se tejió la vida de uno de nuestros pueblos en épocas que por lo regular corresponden a la infancia de los autores.

El esfuerzo de esos Atlas —anónimos para nosotros pero que en estas páginas ganan la realidad y cercanía de su nombre propio y de su hora precisa— en cuyos hombros llegaron aquellas cosas que arrimaban ese pueblo al siglo XX; el drama de alguien a quien sólo ese sufrimiento diferenció un instante en el fluir de los rostros anónimos, la tristeza individual trastocada en recatada pena colectiva de un caserío, un barrio o una cuadra; el abundante anecdótico de los excéntricos y los aventureros que dieron volumen y color a la superficie gris de los días; un fragmento del paisaje, animado de dulce melancolía en la evocación porque forma parte de una geografía sentimental; el suceso que alegró a todos y “marcó época” porque trajo cambios definitivos o simplemente divirtió, conmovió o asombró, y la alegría, el jolgorio o el terror de una costumbre familiar o comunal, son algunos de los temas que se encuentran en estos libros. Episodios, entonces, que, en su materialidad, no son otra cosa que la urdimbre de lo que fue la vida diaria, puesto que, si bien el texto se funda al impulso de lo que es excepcional a la rutina, y, por lo tanto, adquiere relevancia en la memoria, dignidad para ser recordado, lo cierto es que eso excepcional invoca implícitamente su fondo: el acontecer diario, la normalidad. Lo invoca y lo subraya. Además, lo excepcional no lo es tanto: el despecho y la tragedia amorosa desde siempre han sido pan de la humanidad: el encanto que adquieren en la crónica es el de su verdad más que el de su verosimilitud —nivel que se alcanza en una buena ficción—: su sello de cosa efectivamente sucedida. Igual eco obtienen en el lector personajes y paisajes, acontecimientos, costumbres o penas que vuelven a reactualizarse por la palabra.

El título de este comentario obedece al sentimiento que tengo de que hay algo diferente en los libros de crónicas y memorias de las viejitas. De ser cierto esto que digo, tal vez se deba a que hasta hace poco la mujer llevó una vida de encierro casero y de acentuado marginamiento de ciertas esferas de la vida que la sociedad reservaba para los hombres. Tuvo, pues, aquélla, una experiencia de la vida en mucho diferente de la de éstos, lo que no dejaría de matizar la sensibilidad con otros colores y de crear otras perspectivas mentales. No estamos afirmando que en este tipo de litera-

Página anterior:

Carmen Rosa de Barth, fotografía tomada de *Invernadero*, Carmen Rosa de Barth, Medellín, Secretaría de Educación y Cultura de Antioquia, 1991.



La mujer obra magna de Dios, tomado de Carmen Rosa de Barth, *Invernadero*, Medellín, Secretaría de Educación y Cultura de Antioquia, 1991.



Mercedes Ramos Toro, *Remembranzas del viejo Sonsón*, Sonsón, Sociedad de Mejoras Públicas, 1988.

tura la palabra de las mujeres sea superior a la de los hombres ni tampoco postulamos que en ellas esta escritura se halle cortada por la misma tijera. Para no salirnos de los nombres citados, habría que reconocer en el libro de Carmen Rosa Barth una condición de satélite cuyo planeta es la autora: el resto, llámese época, personas o territorios naturales, sólo cuenta como circunstancia, telón de fondo, horizonte de valores o marco histórico; por el contrario, *Remembranzas del viejo Sonsón*, de Mercedes Ramos Toro, está más volcado hacia lo objetivo o exterior, hacia el fresco donde se abarque el Sonsón de una época y donde lo vivencial —la cuota autobiográfica de la autora— se integre sin aspirar a copar la mayor parte de la tela. Como todo autor de crónicas del pasado de que fue testigo, no resiste la tentación de narrar episodios de infancia y juventud; sólo que en ella hay una tendencia a salir de sí misma en busca del acontecer y el sesgo colectivos.

Clemencia Hoyos de Montoya (la autora seleccionada para esta nota) gusta de aproximarse a otros niveles de la experiencia, tiene un ritmo diferente en su prosa y —esto constituye tal vez su más importante característica diferenciadora— tiende a transmutar en literatura el episodio en bruto ofrecido por la vida, a someter la anécdota a una delicada alquimia de la que sale tornasolada de sentidos, atravesada de sugerencias que la adensan de humanidad —desde la ironía, en unos casos, en otros, desde el señalamiento, sin excesos, de la faceta fundamentalmente trágica de un hecho que no por común pierde esa connotación de pena con rostro diferenciable—, que atraen sobre ella la lluvia dorada de la poesía; es decir, de la imagen trascendida por un significado que va más allá de su materialidad, que se toca de universalidad; en suma, algo impulsa a menudo a Clemencia Hoyos a convertir en cuento un material que en sí mismo sólo daría para una crónica. No siempre lo intenta y, entonces, el resultado no rebasa el horizonte de una crónica aceptable, buena. Pero cuando su ángel parece haberle susurrado sobre la marcha que

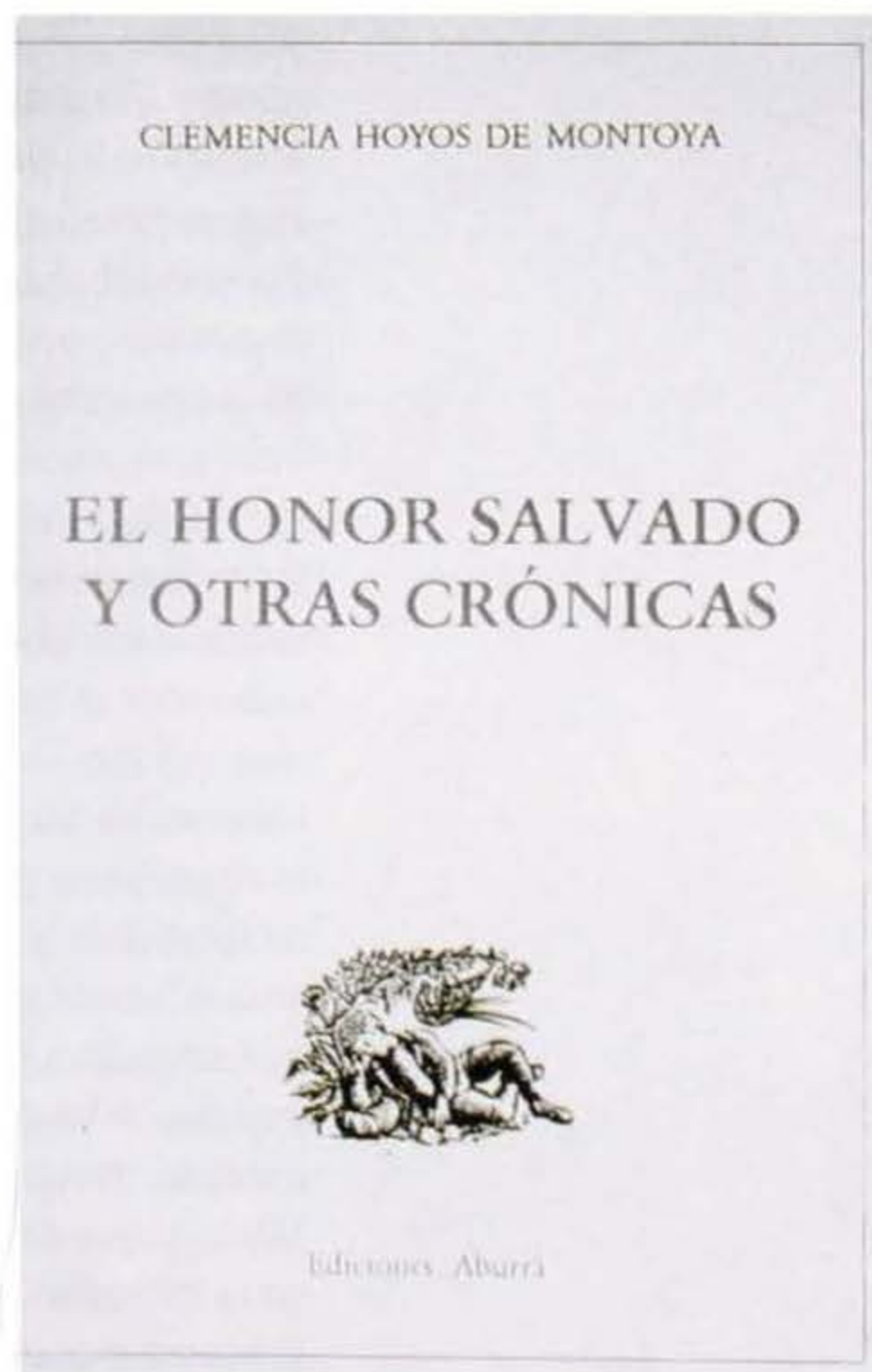


Clemencia Hoyos de Montoya, fotografía tomada de *Crónicas y consejos*, Bogotá, Instituto Distrital de Cultura y Turismo, 1983.

“Quebrada Santa Elena, pintoresca, sonora y de aguas limpias nacidas en la montaña...”, tomada del *Libro de oro de Medellín. En el tricentenario de su erección en Villa, 1675-1975*, Medellín, Editorial Bedout, 1975.



Clemencia Hoyos de Montoya, *El honor salvado y otras crónicas*, Medellín, Ediciones Aburrá, 1996.



la historia que tenía entre manos ofrece facetas humanas conmovedoras, estratos de universalidad que la proyectan mucho más allá de los tejados de la parroquia, agudos y oportunos golpes de la palabra cruzan la frontera de la crónica y penetran decididamente en territorios de la literatura. Es obvio que donde logra esto, el lector se encuentra con los textos más suscitadores.

Doña Clemencia Hoyos ha publicado tres libros de crónicas en sus 78 años de vida (a diferencia de la gran mayoría de las autoras, no escamotea su edad en las notas biográficas de las solapas de sus libros): *Ayer* (1967), *Vida inquieta y loca y otras crónicas* (c 1987) y *El honor salvado y otras crónicas* (1996). En éste último recoge algunos textos de los dos primeros, pero de un volumen al siguiente la mayoría de las crónicas y relatos son nuevos, y esto permite apreciar cómo se alina progresivamente este talento que acabamos de señalar. En este orden de ideas sobresale en *Ayer* la viñeta titulada “La Madre María Ramona”. Los tres primeros párrafos se desenvuelven a ras del suelo de la buena crónica común, al alcance de quien ejerce el oficio con un talento medio, un bagaje de cosas que contar para ser entretenido y el oficio necesario para conferirle decoro a su escritura: hasta ese momento lo que leemos es una nota en la que se nos cuenta de la muerte de una religiosa muy apreciada en Urrao, nota donde se mezclan pinceladas de la misa exequial con la mención del sentimiento que dominaba a los asistentes. Pero al comienzo del cuarto párrafo se produce un deslizamiento, cambio de perspectiva que opera como un corte de profundidad en eso que hasta el momento es registro en superficie: “Mientras los cantos fúnebres se sucedían dejó de ser para mí la Madre María Ramona, la que por todos los colegios que regentó dejó huella imborrable de su paso. Para mí volvió a ser María Restrepo, la bonita del pueblo, la esbelta como palmera, la rubia y sonrosada, la de piel de durazno y ojos claros, la virtuosa y sencilla, que ignoró sus encantos físicos [...] La que una mañana muy temprano, acompañada por su hermano Juan y por el Rvdo. Padre López de Mesa, partió de Urrao camino a Yarumal, rumbo al noviciado”. Se ha deslizado así la crónica a un plano más profundo, donde la muerte inserta en su aureola de santa destellos de humanidad que desatan en el lector una emoción muy distinta de la generada por la convencionalidad de una simple nota cronológica. Es como si en plena misa exequial la cronista hubiera levantado un cortinaje para que, allá en el principio del tiempo de la muerte, pudiéramos apreciar la muchacha que fue, llena de alegría juvenil; para que lo que fue su piel adolescente vuelva por un instante a brillar y a perturbarnos con su natural sensualidad y también para que tras esa muchacha remota —como un difuso semicírculo de sombras— escuchemos el murmullo aullante de frustración de los muchachos y los hombres que la debieron querer y desear.

En esta línea de “La Madre María Ramona” nos encontramos con varios textos en los libros siguientes. El procedimiento que a partir de cierto momento hace de una crónica un texto decididamente creativo o con rasgos de tal, no siempre es el mismo. En ocasiones es resultado de lo que pudiéramos llamar factor de acumulación: una situación núcleo se hipertrofia de tal manera o se repite con tan absurda fatalidad en el término de una vida, breve o larga, que la realidad se distorsiona hasta la desmesura —desmesura más propia de la literatura que de la vida— o adquiere una connotación de fatalidad. Y en los dos casos se gana una intensidad, una explosión significativa que no son los de la “cotidianidad gris”, ni, por supuesto, definen los días sin relieve, sino que se cargan de esa selectividad que caracteriza al material en bruto necesariamente tomado del mundo histórico y natural pero filtrado por la voluntad estética de la obra literaria. Dentro de este tipo de tratamiento encontramos textos ilustrativos, como “Recuerdos de la muerte de Eva Perón”, que el lector asocia a narraciones ya clásicas en la literatura colombiana como *La metamorfosis de su excelencia* y *Los funerales de la mamá grande*, cuyos autores sobra nombrar. Asociar no quiere decir equiparar. Las

EL COLOMBIANO

Decano de la Prensa Antioqueña, Fundado en 1912
Propietario: EMPRESA EL COLOMBIANO LIMITADA
Director: JUAN ZULETA FERRER
Gerente: JULIO C. HERNANDEZ
Subdirector: Alfonso Londoño Martínez
Consultor: FERNANDO GOMEZ MARTINEZ
Administrador: Jorge Hernández Restrepo
Coordinador: Juan Gómez Martínez
Jefe de Redacción: Darío Arizmendi Posada
Miembro de la Sociedad Interamericana de Prensa
y de la Asociación de Diarios Colombianos
REPRESENTANTES EN LOS EE. UU.:
JOSHUA B. POWERS INC. — New York.
Oficinas y Talleres: Calle 54 N° 51-22
Teléfono: 31-46-66 — Cables y Telegramas: COLOMBIANO

SECCION EDITORIAL

Las batallas perdidas

Decíamos ayer que el año de 1972, en el campo de la opinión nacional, había sido muerto para Antioquia. Y como en los anteriores, el presidente de la república tenía una obra para inaugurar a todo lo largo del río antioqueño, cada día más pobre y más abando-

Pero quién tiene la culpa? ¿A quiénes se puede responsabilizar del menosprecio que ha padecido Antioquia en los últimos lustros? Creemos que a los mismos antioqueños. Nos falta vigor y unidad para presentar nuestros intereses ante las autoridades. Y cada pueblo desunido.

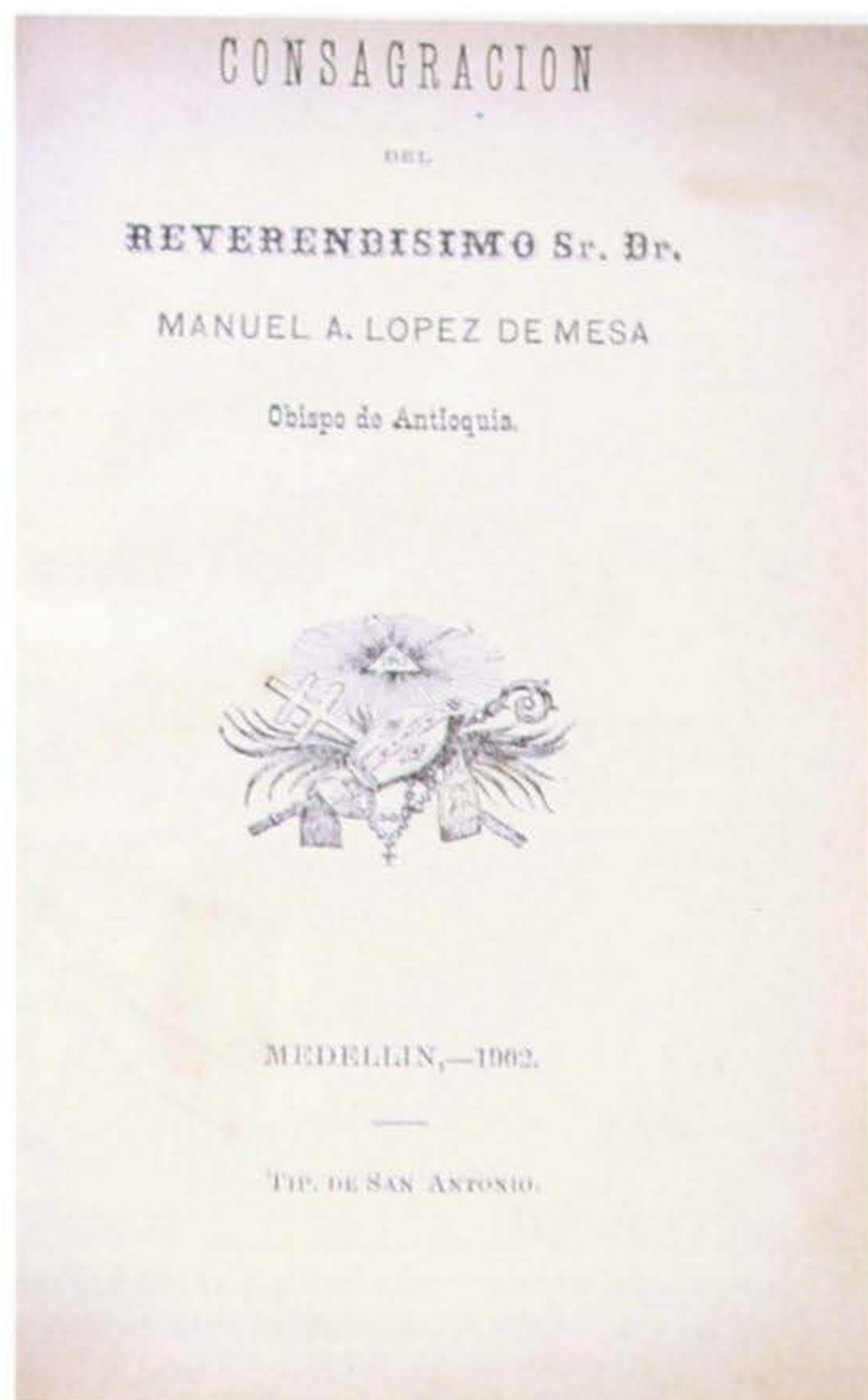
Crónicas de Clemencia Hoyos de Montoya han sido publicadas en el periódico El Colombiano de Medellín.



Fotografía de la iglesia parroquial de El Jardín, tomada de Francisco Duque Betancur, *Historia del departamento de Antioquia*, Medellín, Imprenta Departamental, 1967.

obras de Jorge Zalamea Borda y García Márquez son, de principio a fin, creaciones literarias, ficciones con las raíces hundidas en la realidad colombiana y continental, pero ficciones, al fin. Otro es el caso del texto de Clemencia Hoyos de Montoya. Testigo presencial, por azar, de los acontecimientos que rodearon y siguieron a la muerte de Eva Perón en la capital argentina, supo ver y sentir toda la desmesura que convocó ese fallecimiento. Lo que escribió no fue un simple registro, ni mucho menos un registro exaltado e histérico como el de la prensa peronista —su distancia cultural le permitió la objetividad y la ironía—: su mirada seleccionó elementos representativos del intenso, deformado y deformante vínculo que unió a los “descamisados” argentinos con el ídolo populista Eva Perón, elementos que enhebrados en una secuencia hábilmente trenzada, rica en datos y detalles, sujeta a un *crescendo* de exageraciones que muy pronto hacen de lo trágico una delirante pantomima histérica, corren la frontera de lo que sin duda vale como ejemplo de una estupenda crónica periodística, para aureolarse en el resplandor mágico de la buena literatura:

En las calles y plazas se improvisaron altares con retratos de la extinta: cintas negras, la bandera nacional y velas encendidas, y de rodillas frente a éstos la gente oraba [...] En atención a los accidentes presentados por motivo del hambre, en cocinas motorizadas el ejército repartía alimentos en las filas y así se logró hacer más soportable la larga espera [para entrar a la cámara mortuoria]. Se distribuyó consomé, sándwiches, empanadas, pizzas, frutas, dulces, leche y mate [...] vendedores ambulantes ofrecían día y noche a la venta La razón de mi vida que todos los peronistas leyeron con avidez [...] Los primeros días, por falta de organización, arrojaron un saldo de catorce muertos y dos mil heridos



Consagración del Reverendísimo Sr. Dr. Manuel A. López de Mesa, Obispo de Antioquia, por Joaquín M. Arbeláez. Medellín, Tipografía de San Antonio, 1902.



Crónicas y consejas, antología, Bogotá, Instituto Distrital de Cultura y Turismo, 1983.



Eva Perón, *La razón de mi vida*, Buenos Aires, Ediciones Peuser, 1951. Clemencia Hoyos de Montoya relató dos crónicas sobre la vida y obra de Evita.



"Hay en tierras antioqueñas... montañas misteriosas y encumbradas...", tomada de Germán Ferro Medina, *A lomo de mula*, Bogotá, Fondo Cultural Cafetero, 1994.

en accidentes de aglomeración [...] A un lado del féretro dos enfermeras provistas de algodones y desinfectante limpiaban la tapa de la caja mortuoria, donde cada persona al pasar debía depositar un beso...

Hilvanando detalles de este tenor —de por sí cargados de una ampulosa y grandilocuente gestualidad, de adhesión idólatra—, se consigue en el lector un efecto: patentizarle el clímax de histeria colectiva sumergiéndolo en la desbordante creciente de los acontecimientos mas sin perder la distancia, el sentido crítico (en relación con este aspecto el texto presenta lo que es tal vez su única falla, cuando la autora emite juicios de valor sobre lo que narra, algo innecesario, puesto que para el lector la desmesura de hechos y conductas habla por sí misma).

Como dijimos, el procedimiento varía en otros casos. Algunos textos podrían ser incluidos con todo derecho en una antología de historias de amor, de aquellas que tienen el toque inmejorable de haber tenido ocurrencia histórica, pues, como lo anotara Balzac, la vida supera a menudo la imaginación más desbordada. El mejor atributo de las narraciones —no se trata, insistimos, de crónicas puras ni de cuentos sino de algo a medio camino entre las dos formas— es el tino de Clemencia Hoyos para no caer en la recreación minuciosa, de corte notarial, de cierto tipo de realismo, y hacer, en cambio, cortes en la reproducción del "trozo de vida" que ha decidido contar para abrirle así espacio a la sugerencia, para que el silencio ocupe el lugar de sus palabras de manera que el lector lo pueble con sus propias sugerencias, para que llene esos vacíos con sus ensueños particulares, con lo que el texto sale ganando en resonancia, en fuerza evocadora. Son historias de amor lejos de lo rosa, no sólo porque la frustración y la tragedia reemplazan el final feliz, sino porque hombres y mujeres en absoluto son idealizados, y hacen presencia —en ese entrecruzamiento de destinos— con sus noblezas y pequeñeces, entre éstas tanto sus propios extravíos como su capacidad para el mal, para destruir a otros. "Vida inquieta y loca", "Las cartas", "Demasiado tarde" (una de las crónicas que más se tiñen de narración literaria: se abandona la

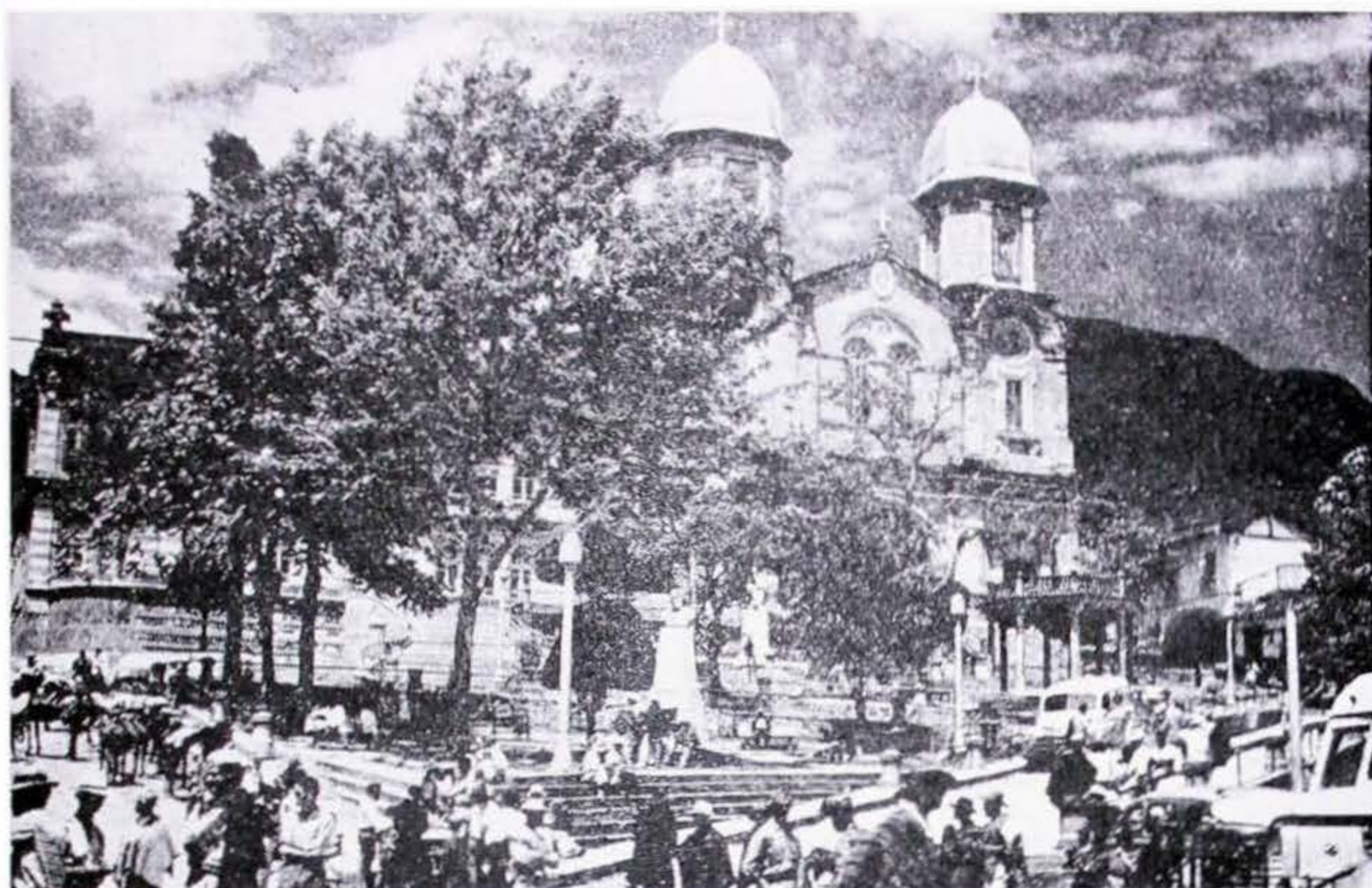


El ferrocarril, una de las “cosas que arrimaban ese pueblo al siglo XX”, tomada de Germán Ferro Medina, *A lomo de mula*. Bogotá, Fondo Cultural Cafetero, 1994.

tercera persona por la primera), “Amor secreto” (una de esas historias concebibles sólo bajo patrones hoy en desuso en el amor, el honor y la amistad), “Doloritas Fernández” o “Historia de un retrato”, textos pertenecientes a su segundo libro de crónicas, se inscriben en esa línea de las historias cuyo tratamiento utiliza técnicas de la ficción, línea que en su último libro se prolonga en ese episodio titulado “La garza”, que, basado en la simplicidad y en la economía expresiva, desata en el lector el sentimiento de la piedad —ese canon que demanda Aristóteles para juzgar si un drama está bien logrado o no— con mayor eficacia que aquellos que lo intentan desde la grandilocuencia y el grito desgarrador. La mención, de paso, de una prenda que flota río abajo hace más por cargar el drama que el eco de una queja al respecto.

También aparecen en sus libros otras vetas, como la del humor. En la crónica sobre la visita de un obispo, quiere mostrar el anverso de la fe y el respeto por el jerarca y el reverso de quienes no desperdician la oportunidad para regalar a sus sedientas gargantas abundantes dosis de aguardiente. “Rigidez cadavérica”, “Estampa de mi padre”, “Los arzobispos también tocaron timbres”, “Exámenes escolares” o “Mi primer acto de independencia”, son crónicas livianas, con la pretensión de recoger hechos graciosos, anécdotas protagonizadas por personajes con chispa humorística; y en otros casos, el humor consiste en la chispa engastada en un cuerpo de crónica con intenciones serias y a la que, por un efecto de contraste, intensifica su calidad de asunto creíble.

Por supuesto, como casi en todo libro, existen los puntos flojos, las crónicas prescindibles, apuntes, en realidad, para lo que pudo ser una crónica tan sólida, desplegada y entretenida como aquellas donde se empleó a fondo. Sin embargo, si nos fijamos en los puntos más altos de su labor de cronista, en sus logros felices, no se podría discutir que algunos de los textos de Clemencia Hoyos de Montoya podrían figurar en antologías colombianas del género, con mayor derecho que su crónica “Los entierros”, recogida en la antología *Crónicas y consejos*, publicada por el Instituto Distrital de Cultura y Turismo de Bogotá. Y en una antología de cronistas antioqueños, ni se diga. Naturalmente, las mejores crónicas son el resultado de muchas lecturas y de un aprendizaje que, como en todo autor del género, ha tenido su espacio originario en las páginas de diferentes periódicos: El Correo, El Colombiano, El Mundo, El



Yarumal (parque e iglesia principal), a donde partió la madre María Ramona, citado por Clemencia Hoyos de Montoya en su libro *Ayer*, 1967. Tomada de Francisco Duque Betancur, *Historia del departamento de Antioquia*, Medellín, Imprenta Departamental, 1967.

Espectador y en periódicos de provincia como *El Camino* y *Penderisco*. Al fondo, claro, la pasión de leer y contar, estimulada por experiencias que también son materia de su escritura. En este sentido habría que señalar crónicas como “Biblioteca, tienda y polvorería” y, sobre todo, el prólogo de la autora a su volumen *Vida inquieta y loca*, pues de entrada se revela como otra cosa que un prólogo convencional: es una crónica con todas las de la ley y una de las mejores del libro.

Hay que agradecerle que en ella no se haya cumplido ese triste veredicto de Agripina Montes del Valle, con el que Carrasquilla quiso abrir su monumental *Hace tiempos*.

*Hay en tierras antioqueñas
 en las breñas,
 en las peñas,
 en las cañas
 y espadañas
 de montañas, misteriosas y encumbradas
 tantas veces ignoradas,
 tantos cantares perdidos,
 tantos ecos dormidos
 al compás y golpes rudos
 del constante batallar.*

Voces, cantares, ecos, penas y alegrías se han recuperado en las páginas de Clemencia Hoyos de Montoya, les han hurtado el cuerpo al olvido, al silencio, y resonarán de nuevo cuantas veces un lector destape esa lámpara de Aladino de la página.

Libros de Clemencia Hoyos de Montoya:

1. *Ayer*, Medellín, Editorial Salesiana, 1967.
2. *Vida inquieta y loca y otras crónicas*, <Medellín, s.e., c 1900.>
3. *El honor salvado y otras crónicas*, Medellín, Ediciones Aburrá, 1996.